

# Dr. David A. deSilva , Hebreos, Sesión 7a, Hebreos 7:1-8:13: Mejor sacerdocio, mejor pacto (Parte 1)

© 2024 David deSilva y Ted Hildebrandt

Hebreos 7:1 al 10:18 presenta el largo y difícil argumento acerca de la mediación sacerdotal de Jesús, profundizando en los temas que el autor ya ha planteado en el capítulo 2, versículos 17 y 18, y luego nuevamente en el capítulo 4, versículos 16 al 5, versículo 10. En esta extensa sección central, el autor tratará varias preguntas importantes, que debemos tener presentes a medida que analizamos los detalles de su argumento. La primera pregunta es, ¿cuál es el significado de ser un sumo sacerdote en la línea de Melquisedec? ¿Y qué califica a Jesús para ser nombrado en esta línea sacerdotal? Una segunda pregunta es, ¿cuáles son las consecuencias para el antiguo pacto y el sacerdocio que mantenía ese pacto de la llegada del sacerdote ahora en la línea de Melquisedec y no en la línea de Aarón? Una tercera y principal pregunta es, ¿cuál es el significado de la muerte y ascensión de Jesús si entendemos estos eventos como la obra del sacerdote en la línea de Melquisedec? Y, por último, ¿cuáles son las consecuencias para quienes se acercan a Dios a través de la mediación de Jesús en lugar de la mediación de la línea sacerdotal levítica? Los capítulos 7 y 8 abordan principalmente las dos primeras de estas preguntas, comenzando por: ¿cuál es el significado de ser un sumo sacerdote en la línea de Melquisedec? ¿Y qué califica a Jesús para ser nombrado en esta línea? Hebreos 7, versículos 1 al 10, vuelve a la historia de Melquisedec, conocida desde Génesis 14, presentando quién es él y extrayendo lo que la historia de Melquisedec de Génesis podría decirnos acerca de este nuevo sacerdote en la línea de Melquisedec.

El autor está particularmente interesado en demostrar que se trata de una línea sacerdotal más distinguida que la de Aarón. Se basa en la reputación positiva de la línea sacerdotal de Aarón, quien, al menos dentro de la cultura judía y judeocristiana, realmente ostentaba el cargo más alto y honorable del mundo antiguo. Una de las estrategias comunes utilizadas en la retórica antigua para alabar a una persona era insistir en la dignidad de sus antepasados, y esto es algo que encontramos en funcionamiento aquí, cuando el autor de Hebreos piensa en la dignidad de Leví en comparación con la dignidad de Melquisedec.

Esto reflexionará sobre la dignidad de las dos líneas y la dignidad relativa de las dos líneas que se derivan de estos dos predecesores sacerdotales. Otra estrategia para alabar a un individuo era compararlo con personas de valor similar. El autor también continúa con esa estrategia, ya que ya ha comparado al hijo con ángeles y al hijo con Moisés.

Ahora continúa enfatizando el honor del hijo y el valor de permanecer unido a él, enfatizando su mayor honor que el honor que se adhiere a los sumos sacerdotes levíticos. En el capítulo 7, versículos 11 al 28, el autor explora los mayores beneficios que pueden disfrutar quienes se acercan a Dios a través de Jesús en comparación con los beneficios que brindan los sacerdotes del linaje de Leví. Pero también explora las consecuencias para la Torá, la ley misma, del nombramiento de Jesús para este sacerdocio no levítico.

Al comienzo del capítulo 8, el autor hace una declaración resumida que también introduce temas que dominarán los capítulos 9 y 10. Estos incluyen el mejor lugar en el que Jesús ejecuta su obra sacerdotal, el cielo mismo, el lugar santo celestial, así como la naturaleza superior del sacrificio que Jesús ofrece, es decir, su propia vida por la vida del mundo.

En la segunda mitad del capítulo 8, es decir, los versículos 7 a 13, el autor recita un oráculo de Dios de gran importancia en las Sagradas Escrituras. En Jeremías, capítulo 31, versículos 31 a 34, encuentra el oráculo divino que proporciona la evidencia de su afirmación de que Jesús es ahora el mediador de una mejor alianza fundada en mejores promesas. Este oráculo también proporciona la respuesta decisiva a la segunda pregunta que el autor aborda en esta larga y difícil palabra.

¿Cuáles son las consecuencias para el antiguo pacto y el sacerdocio que mantenía ese pacto de la llegada de un sacerdote en el linaje de Melquisedec? El Salmo 110 ha jugado un papel muy importante en la exposición que hace el autor de la persona y la obra de Jesús, el Hijo. El Salmo 110 versículo 1, por supuesto, es el texto familiar: siéntate a mi diestra hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies. El Salmo 110 versículo 4, sin embargo, lleva al autor más allá en el misterio de la persona de Jesús y trabaja con la línea, eres sacerdote para siempre en el linaje de Melquisedec.

Esto invita al autor a explorar más a fondo esta figura de Melquisedec. El autor recurre a Génesis 14, versículos 14 a 20, que es el único otro lugar en las escrituras judías en el que aparece esta figura sombría. Allí leemos:

Después de haber derrotado a Quedorlaoma y a los reyes que estaban con él, el rey de Sodoma salió a recibir a Abraham al valle de Save, que es el valle del Rey. Y Melquisedec, el rey de Salem, sacó pan y vino.

Era sacerdote del Dios Altísimo. Bendijo a Abraham y le dijo: Y Abraham le dio la décima parte de todo. El contexto de esta historia nos prepara para examinar el uso que el autor hace de esta figura y de este episodio.

Como leemos en Hebreos 7, versículos 1 al 3. Primero se traduce como Rey de Justicia. Y luego Rey de Salem, que es Rey de Paz. Sin padre, sin madre, sin

genealogía, que no tiene principio de días ni fin de vida, hecho semejante al Hijo de Dios, permanece sacerdote a perpetuidad.

A medida que el autor amplía el significado de Melquisedec y sus historias, busca particularmente puntos de semejanza entre Melquisedec y Jesús como Mesías. Él mismo lo indica indirectamente en 7, versículo 3, donde dice que Melquisedec fue hecho para parecerse al Hijo de Dios. ¿Cuáles son, entonces, algunos de estos puntos de semejanza que el autor encuentra que sugieren una conexión cercana entre Melquisedec y el Mesías? El autor ofrece definiciones del nombre de Melquisedec y del título de Melquisedec porque estos son en sí mismos indicadores mesiánicos.

Melquisedec se interpreta como un nombre que significa Rey de la Justicia. Y su título, Rey de Salem, se interpreta como Rey de la Paz. Encontramos traducciones similares de Melquisedec y su título en el tratamiento que Filón da a esta figura.

La justicia y la paz son características del Mesías de Dios y del reino mesiánico. Podríamos recurrir a Isaías 9, versículos 6 y 7, para encontrar un solo ejemplo bien conocido de los profetas hebreos: Porque nos ha nacido un niño, se nos ha dado un hijo.

La autoridad reposa sobre sus hombros, y se le llama Admirable Consejero, Dios Fuerte, Padre Eterno, Príncipe de Paz. Su autoridad crecerá continuamente, y habrá paz eterna para el trono de David y su reino. Él lo establecerá y lo sostendrá con justicia y rectitud desde ahora en adelante y para siempre.

Esta profecía sobre la restauración de la monarquía davídica destaca particularmente tanto la paz como la justicia, que son sinónimos y distintivos de la era mesiánica. Más adelante en Isaías, leemos de nuevo: Entonces la justicia morará en el desierto, y la rectitud morará en el campo fértil. El efecto de la justicia será la paz y el resultado de la justicia, tranquilidad y confianza para siempre.

Se podrían multiplicar los ejemplos de los textos de los profetas hebreos y también de textos judíos posteriores del período del Segundo Templo. El nombre y el título de Melquisedec no sólo son un indicio del Mesías, sino que también se asemeja al Hijo de Dios en otros aspectos. El autor describe a Melquisedec como un ser sin padre, sin madre, sin genealogía y sin principio de días ni fin de vida.

El principio que se aplica aquí, mientras el autor va dando vueltas a estas implicaciones del relato del Génesis, es que los silencios de las Escrituras también son elocuentes. En Génesis 14 no se dice nada sobre el linaje de Melquisedec. No se nos dice nada sobre su padre o su madre ni de qué tribu proviene.

No se nos dice nada sobre su nacimiento ni sobre su muerte. El autor toma estos silencios como significativos, como si el autor del Génesis quisiera presentar a

Melquisedec como un tipo del que había de venir, el Hijo de Dios que verdaderamente no tiene principio ni fin de vida. La palabra aquí, sin genealogía, sin pedigrí, es particularmente importante.

Este sacerdocio según el linaje de Melquisedec se establece sobre algo más que la descendencia biológica, que era el elemento central de lo que calificaba a uno para el sacerdocio levítico. Esto tal vez no se vea en ningún otro lugar con más claridad que en la cuidadosa preservación de la genealogía durante todo el período del exilio babilónico y después, como se ve en los libros de Esdras y Nehemías. Si uno no podía verificar su pedigrí dentro de un clan sacerdotal dentro de la tribu de Leví, era excluido del servicio del templo hasta que tal afirmación pudiera verificarse.

La genealogía lo era todo. ¿Qué es ese algo más que es la base del sacerdocio según el orden de Melquisedec? El autor infiere una respuesta de las restantes características de Melquisedec que identifica aquí, no teniendo ni principio de días ni fin de vida. La marca definitoria de la línea sacerdotal de Melquisedec pasa a ser la preexistencia y la existencia en la eternidad.

Esto es algo que el autor ya ha establecido con respecto al Hijo. En Hebreos 1:1-4, él ha hablado de la existencia del Hijo antes de la creación como un compañero con Dios en la creación. En Hebreos 1:10-12, él ya ha inferido sobre la base de un texto bíblico autorizado que el Hijo existirá mucho después de la disolución de la creación material y la introducción de la era venidera.

El predicador explotará el fruto argumentativo de esto más adelante en el capítulo 7, particularmente en el versículo 16, donde identifica a Jesús como alguien que ocupa un oficio sacerdotal no sobre la base del mandamiento de una ordenanza carnal sino sobre la base de una vida indestructible. Además, en el capítulo 7, versículos 23-25, el predicador afirmará que la vida eterna de este sacerdote según el orden de Melquisedec es un punto de ventaja para aquellos que se acercan a Dios a través de él en lugar de a través de los muchos sacerdotes que no pueden aferrarse al oficio del sacerdocio porque la muerte sigue interviniendo. Pero el sacerdote según el linaje de Melquisedec siempre vive y por lo tanto siempre puede interceder por aquellos que se acercan a Dios a través de él.

Como mencioné antes, una estrategia antigua para alabar a un individuo era comparar a sus antepasados con otras grandes figuras y mostrar que sus antepasados eran, de hecho, mayores que ellos. Esto es precisamente lo que el autor de Hebreos hace ahora en el capítulo 7, versículos 4-10, al desarrollar un argumento a favor de la elevación de Melquisedec por encima de Leví. La implicación es que el sacerdote de la línea de Melquisedec poseerá mayor honor que cualquier sacerdote de la línea de Leví.

Veán cuán grande fue este, escribe el autor al comienzo del versículo 4. Aquí, el autor anuncia su tesis para el párrafo que sigue. Melquisedec fue aquel a quien Abraham dio la décima parte del botín que había tomado en aquella batalla contra Kedorlaomer y los otros reyes que se habían aliado contra Abraham, contra el rey de Sodoma y contra sus aliados. Ahora bien, el autor de Hebreos interpreta este acto como diezmar, es decir, como dar al mediador sacerdotal lo que le corresponde.

Así, pues, el hecho de que Abraham le diera a Melquisedec el diezmo no fue sólo un acto generoso hacia un rey vecino, sino que fue un acto de dar a su sacerdote lo que se le debía en virtud de la posición superior de ese sacerdote y de su función como mediador en nombre de Abraham ante Dios. Esto lleva al autor a hacer un contraste con los hijos de Leví. Como escribe, los que son hijos de Leví, el sacerdocio, reciben el mandamiento de diezmar al pueblo según la ley, es decir, a sus propios hermanos, aunque también procedieran de los lomos de Abraham.

El autor se refiere aquí a cualquiera de varios mandamientos del Pentateuco, por ejemplo, Números 18:21. A los levitas les he dado todos los diezmos de Israel para su posesión a cambio del servicio que ellos realizaron, el servicio en la tienda de reunión. Es la genealogía lo que distingue a los levitas de los demás israelitas y lo que califica a los levitas para recibir los diezmos de aquellos que provienen de los lomos de Abraham como ellos.

Pero aquí, continúa el predicador, el que no tenía pedigrí de ellos diezmo a Abraham y bendijo al que tenía las promesas. En Génesis 14, a diferencia de lo que sucede bajo la Torá, el sacerdote que no tiene calificaciones genealógicas explícitas recibe el diezmo de Abraham. El punto parece ser que los levitas exigen el diezmo de sus iguales sobre la base de poseer una calificación genealógica especial, mientras que Melquisedec exige el diezmo de un inferior, no solo sin calificaciones genealógicas, sino más significativamente, sin genealogía alguna.

Melquisedec es un ser eterno, presentado como si no tuviera principio de días ni fin de vida. Y aquí recibe un diezmo de un simple ser mortal. Hay dos argumentos a favor de la superioridad de Melquisedec.

El autor sugiere que, sin ninguna contradicción, la parte inferior es bendecida por la parte superior, refiriéndose a la parte de la historia donde Melquisedec bendice a Abraham. El autor, por supuesto, da por sentado que los oyentes mentalmente incluirán en su mente una serie de casos en los que los inferiores sí pronuncian bendiciones sobre los superiores o invocan bendiciones sobre ellos. Por ejemplo, los sirvientes bendicen o rezan para que se bendiga a su rey, o los adoradores bendicen a Dios.

Sin embargo, en la experiencia humana, a menudo sucede que quien tiene mayores privilegios es quien tiene el poder de invocar una bendición sobre quien tiene menos

privilegios. Por ejemplo, en la situación muy común de los padres que bendicen a sus hijos. Y es ese fragmento de vida el que el autor invoca, como dice, sin contradecirse.

También hace una distinción entre la inmortalidad de Melquisedec y la mortalidad de los sacerdotes levitas. Aquí, los mortales, es decir, aquí en las disposiciones de la Torá, los mortales recibían los diezmos, pero allí se testimonia que él vive. En este caso, lo inmortal es simplemente superior a lo mortal.

Luego el autor continúa diciendo que en este caso, los seres humanos mortales reciben los diezmos, pero en ese caso, se da el testimonio de que vive. Y por así decirlo, Leví, que recibió los diezmos, pagó un diezmo a través de Abraham, porque Leví todavía estaba en los lomos de su antepasado cuando Melquisedec lo conoció.

Con la frase, por así decirlo, el predicador reconoce que está incurriendo en un cierto grado de vanidad metafórica. Sin embargo, su afirmación refleja bien la noción colectiva de identidad y personalidad que habría sido parte de la mentalidad de la persona antigua. Todos los descendientes de Abraham todavía están en algún sentido en Abraham en el momento de los acontecimientos de Génesis 14.

Por lo tanto, la acción de Abraham hacia Melquisedec tiene implicaciones para Leví y los sacerdotes descendientes de Leví. Su propio sacerdocio es secundario y, en última instancia, depende del de Melquisedec, cuyo sacerdocio y mediación Abraham reconoció cuando le presentó a Melquisedec un diezmo. ¿Cómo puede el autor afirmar que el pacto mosaico, junto con el sacerdocio levítico que había sido autorizado y regulado por él durante siglos, ahora estaba siendo dejado de lado en favor de un nuevo sumo sacerdote, Jesús, y en favor de un nuevo pacto? El autor se esfuerza por dar a sus oyentes evidencia bíblica de las afirmaciones que está haciendo en nombre de Jesús.

En el capítulo 7, versículos 11 al 19, el tema de la perfección vuelve a surgir como tema de gran importancia. El autor lo destaca al ubicarlo tanto al principio como al final de esta sección, formando lo que se llama una inclusión. El versículo inicial es una pregunta retórica.

Si, por tanto, la perfección se lograba por medio del sacerdocio levítico, pues sobre la base de este sacerdocio se le había dado al pueblo la ley, ¿qué necesidad habría de hablar de que se designara un sacerdote según el orden de Melquisedec y no uno según el orden de Aarón? Y luego, al final de la sección 7:19, leemos que la ley no había perfeccionado nada. Así que tenemos esta inclusión en torno a la idea de perfección. Por tanto, debemos preguntarnos: ¿qué significa la perfección para el autor aquí en este pasaje y a lo largo del discurso central de los capítulos 7 al 10? Una cosa que podemos decir es que la perfección significa la limpieza de la conciencia de la contaminación del pecado para que el ser humano pueda acercarse

a Dios cara a cara en lugar de permanecer a una distancia segura de la santidad de Dios.

Esta limpieza de la conciencia es precisamente lo que los sacerdotes levíticos no podían hacer al ofrecer ofrendas y sacrificios que no son capaces de perfeccionar la conciencia del adorador, según Hebreos 9 versículos 1 al 10. Esto se refleja en diferentes palabras en 7:11. Esta perfección no llegó al pueblo por medio del sacerdocio levítico. Los sacerdotes levíticos no podían limpiar la conciencia de los adoradores y llevarlos a un estado en el que pudieran estar en la misma presencia de Dios, limpios de sus pecados y sus afrentas contra Dios.

La perfección también significa la entrada al reino eterno y definitivo. Así como la Torá y su sacerdocio no podían obrar sobre el adorador de tal manera que pudieran conducirlo a la presencia de Dios en el templo, el modelo terrenal del reino de Dios, la ley y su sacerdocio son incapaces de conducir a los seres humanos a la presencia real de Dios, al templo celestial, el reino celestial inquebrantable donde Jesús entró como precursor en nuestro nombre. Al llegar al capítulo 7, versículo 11, entonces, entramos en un argumento implícito de la cronología.

En el Salmo 110, versículo 4, el rey David comunica un oráculo divino sobre el nombramiento de un sumo sacerdote en el linaje de Melquisedec, y lo hace varios cientos de años después del establecimiento del linaje sacerdotal de Leví. El autor infiere de esto que el linaje sacerdotal de Leví no iba a lograr los buenos fines de Dios para su pueblo. El anuncio de un nuevo linaje de sacerdotes en el Salmo 110, el texto más reciente, implica el fracaso del antiguo linaje de sacerdotes establecido en la Torá para completar la tarea que Dios les había encomendado de perfeccionar a los adoradores.

También aquí está en juego la interconexión comprendida entre el sacerdocio levítico y la ley mosaica o el pacto sinaítico, ya que al pueblo se le dieron las normas de la Torá, la ley, sobre la base de la existencia del sacerdocio levítico. Los sacerdotes levíticos y sus rituales eran esenciales para el funcionamiento, el mantenimiento y la reparación del pacto sinaítico. Cuando el pueblo pecó contra Dios, la obra de los sacerdotes levíticos reparó la relación.

Cuando el pueblo deseaba presentar ofrendas de agradecimiento y expresar de otro modo su gratitud a su benefactor divino, los sacerdotes levíticos eran los mediadores de tales mensajes y sacrificios. Además, el pacto o la ley era la base del sacerdocio. Como dirá el autor al final del capítulo 7, la ley designa como sacerdotes a hombres sujetos a la debilidad.

De modo que ambos, la Torá y el sacerdocio levítico, están inextricablemente entrelazados. El autor luego destaca la implicación de esto en el versículo 12. Al cambiar el sacerdocio, también hay, por necesidad, un cambio de ley.

La prueba concluyente de esto la encontraremos en Jeremías 31, versículos 31 al 34, que el autor citará como su evidencia al concluir el capítulo 8 de Hebreos. Por ahora, ofrece otra evidencia en apoyo de su insistencia en un cambio de ley, a saber, el mismo nombramiento de Jesús para este oficio sacerdotal en el linaje de Melquisedec. Porque aquel de quien se dicen estas cosas pertenecía a una tribu diferente, de la cual nadie ha sido designado para cuidar el altar. Porque es claro que nuestro Señor descendía de Judá, respecto de la cual Moisés no dijo nada acerca de los sacerdotes.

El autor sabe y da por sentado que sus oyentes sabrían o admitirían fácilmente que Jesús nació en el linaje de Judá, acerca del cual Moisés no dio ninguna palabra sobre los sacerdotes. El establecimiento de este nuevo orden del sacerdocio en el linaje de Melquisedec, y por lo tanto el cambio decisivo del sacerdocio y de la ley que regula el sacerdocio y es mantenida por el sacerdocio levítico, se hace aún más claro, como lo expresa el autor, por el hecho de la resurrección de Jesús. Esta es la evidencia del poder de una vida indestructible que Melquisedec mismo prefiguró con su misteriosa aparición y desaparición del escenario de la historia sin principio de días ni fin de vida.

La fe en la resurrección se convierte así en un apoyo principal para la convicción de que Jesús fue investido de este orden sacerdotal, porque da testimonio de que eres sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec. La frase “sacerdote para siempre” que aparece aquí no siempre se ha entendido como algo tan extraordinario. El autor de 1 Macabeos, capítulo 14, versículo 41, se refiere al nombramiento de Simón, el fundador de la dinastía asmonea, como jefe y sumo sacerdote para siempre, utilizando el mismo lenguaje.

Es significativo que se le añada la palabra hasta. Sin embargo, en el caso de Jesús, se ha hecho posible una aplicación más literal de esta frase. Como continúa el predicador, y es todavía más claro, ya que se ha levantado otro sacerdote a semejanza de Melquisedec, que se ha hecho tal no de acuerdo con la ley, un mandamiento carnal, sino de acuerdo con el poder de una vida indestructible.

Porque él ha dado este testimonio de que tú eres sacerdote para siempre según el linaje de Melquisedec. El hecho de que Jesús ahora viva más allá del poder de la muerte establece el parecido familiar, por así decirlo, entre Jesús y Melquisedec. Se dice que Jesús se convirtió en sacerdote no sobre la base de una ley, de una ordenanza carnal, sino sobre la base de una vida indestructible.

El autor relativiza así el valor de la cualificación del sacerdote levítico. Se basa meramente en una cualificación carnal relacionada con la descendencia física y la genealogía, pero el sacerdocio de Jesús se basa en un tipo de ser cualitativamente diferente y superior, un tipo de ser eterno. En los versículos finales de este pasaje

leemos que se deja de lado el mandamiento dado anteriormente debido a su debilidad e inutilidad, porque la ley no perfeccionó nada, y se introduce una esperanza mejor, por medio de la cual nos acercamos más a Dios.

El autor resume así sus puntos principales. El nombramiento de un sacerdote en el linaje de Melquisedec demuestra la ineficacia del sacerdocio levítico y del pacto que éste mediaba para llevar al pueblo a la meta que Dios deseaba para ellos, encapsulada aquí en ese término cargado de significado: la perfección. Por otra parte, el nombramiento de este nuevo sacerdote en este orden alternativo y mayor de sacerdocio introduce una mejor esperanza de que esa meta se hará realidad ahora.

En Hebreos 7, versículos 20 al 28, el autor de Hebreos aborda más a fondo la cuestión de qué hace que el nuevo pacto sea un vínculo mejor y más fiable entre Dios y los mortales que el anterior. La fiabilidad de un contrato o pacto depende de la fiabilidad del garante de dicho contrato. El autor presenta dos consideraciones que establecen a Jesús como el garante de un mejor pacto, como lo expresa en el capítulo 7, versículo 22.

La primera prueba es el juramento de Dios, como dice, y así como no fue sin juramento, mientras que los que no habían jurado se habían convertido en sacerdotes, el que había jurado se convirtió en sacerdote por medio de aquel que le habló, el Señor ha jurado y no se arrepentirá. Tú eres sacerdote para siempre. Por este decreto, Jesús se ha convertido en el fiador de una alianza mejor.

El autor recita finalmente aquí la parte del Salmo 110, versículo 4, que revela explícitamente que éste es el juramento que Dios hizo a los herederos de la promesa para que, como dijo antes en el año 618, los que hemos huido para asirnos de la esperanza puesta delante de nosotros tengamos un fuerte consuelo. Este es el oráculo divino que muestra la inmutabilidad de la voluntad de Dios y, por tanto, la fiabilidad última de la nueva alianza realizada por mediación de este nuevo sacerdote. La segunda garantía de esta mejor alianza es la entrada de Jesús en su vida indestructible.

Como dice el autor, por un lado, muchos se han convertido en sacerdotes porque la muerte les impidió continuar en el cargo, pero él, por el contrario, posee el sacerdocio sin interrupción debido a que permanece para siempre. La esperanza de un sacerdote cuyo ministerio sería eterno e ininterrumpido no es exclusiva de Hebreos. Una expresión llamativa de la misma esperanza aparece en el Testamento de Leví en el capítulo 18, que espera un sumo sacerdote bueno y justo que, como dice el autor, no tendrá sucesor durante generaciones y generaciones para siempre.

El cambio de sumos sacerdotes creó inestabilidad en el sistema de mediación en el que se apoyaba el pueblo judío en su pacto con Dios. No todos los sumos sacerdotes

eran igualmente fieles a Dios y a su cargo. Los recuerdos de los sumos sacerdotes helenizantes de mediados del siglo II a. C., personajes como Jasón y Menelao y el poco fiable Alcimo, habían hecho que la sucesión de sumos sacerdotes fuera una fuente de cierta tensión o ansiedad en la época en que escribió el autor del Testamento de Leví.

La importancia de este oficio para la relación entre Dios y los hombres explica por qué el autor del Testamento de Leví podría considerar un bien muy deseable un sumo sacerdote virtuoso, estable e inmortal. El autor de Hebreos subraya ahora la ventaja de un mediador inmortal como el que tienen los destinatarios en el Hijo. Por eso es capaz de rescatar a los que por medio de él se acercan a Dios, ya que vive siempre para interceder por ellos.

Los destinatarios no tendrán que temer nunca un futuro en el que no haya un mediador que pueda sostener la relación del pueblo con su patrón divino. Nunca tendrán que temer el cambio de un mediador fiel y eficaz por uno poco fiable, como sucedió con la sustitución de Onías por su hermano Jasón en el año 175 a. C. para pesar de la nación. No, más bien, los destinatarios pueden contar con que su fiel y misericordioso sumo sacerdote seguirá presentándose ante Dios en su nombre todos los días del mañana.

Hebreos 7, versículos 26 al 28, ofrece una recapitulación, uniendo los puntos principales de la discusión precedente sobre el sacerdocio que comenzó ya en el capítulo 5. Porque tal sumo sacerdote nos convenía: santo, sin mancha, sin mancha, apartado de los pecadores, exaltado por encima de los cielos, que no tuviera necesidad diaria, como los sumos sacerdotes levíticos, que ofrecían primero por sus propios pecados a Dios, y luego por el pueblo. Para esto se ofreció una vez para siempre, ofreciéndose a sí mismo, pues la ley establece como sumos sacerdotes a hombres propensos a la debilidad.

Pero la palabra del juramento, que vino después de la ley, establece un hijo que ha sido perfeccionado para siempre. Anteriormente en el sermón, el autor se había esforzado por subrayar la solidaridad de Jesús con los pecadores, haciendo hincapié en su disposición favorable, su simpatía y su amabilidad hacia sus clientes. En esta sección, sin embargo, el autor pasa a destacar el otro lado de la mediación de Jesús, su proximidad a Dios y su separación de todo lo que pueda interponerse en el camino de una relación con Dios.

Así, habla de Jesús como un sumo sacerdote idóneo que ha sido exaltado por encima de los cielos. Se está refiriendo nuevamente aquí a la información sobre Jesús que se da en el Salmo 110, versículo 1, esa invitación de Dios a sentarse a la diestra de Dios en la presencia real de Dios en el reino inquebrantable. El autor no está enfatizando con ello la inaccesibilidad de Jesús a sus seguidores, pues ya ha establecido la disposición de Jesús a escuchar y ayudar.

Más bien, está estableciendo el acceso completo y perfecto de Jesús a Dios en nombre de ellos. El autor también destaca una distinción importante entre Jesús y los sacerdotes levíticos, a saber, su relación sin impedimentos con Dios debido a su santidad intachable y su obediencia inquebrantable. Una vez más, en este sermón, el autor vuelve al tema de que los sumos sacerdotes terrenales tenían que ofrecer sacrificios primero por sus propios pecados.

Es decir, tuvieron que ocuparse primero de los obstáculos que se interponían entre ellos y Dios debido a sus propias transgresiones antes de poder mediar eficazmente en favor de los pecados del pueblo en general. Sin embargo, Jesús, cuya simpatía por sus clientes tiene su raíz en la experiencia compartida de ser probados pero no en la experiencia compartida del pecado, no tiene tal necesidad. De hecho, hace una ofrenda de una vez por todas en nombre del pueblo, reconciliándolo completamente con el Padre .

El autor introduce así un contraste entre los sacrificios repetidos que hacen los sumos sacerdotes levíticos y el sacrificio de una sola vez que ha hecho Jesús. Este contraste se desarrollará extensamente en los capítulos 9 y 10, donde la naturaleza repetitiva de los sacrificios levíticos demuestra al autor de Hebreos su falta de eficacia. Hebreos 7.28 concluye este segmento de argumentación con otra antítesis bien construida, que contrasta a los sacerdotes levíticos y a Jesús en tres puntos.

Escribe de nuevo: El autor subraya la superioridad de la mediación de Jesús y, por tanto, la gran ventaja de permanecer unidos a él en cada punto de esta antítesis. En primer lugar, la palabra del juramento, una referencia de nuevo, por supuesto, al Salmo 110, versículo 4, suplanta a la Torá pero también muestra un compromiso más directo por parte de Dios, un voto personal que Dios ha hecho con respecto a este nuevo sacerdocio. Este nuevo sacerdocio está establecido sobre un fundamento infalible, a diferencia del primer sacerdocio, que se construyó sobre un contrato que podía romperse, y lo hizo, según el autor, por la falta de fiabilidad de las partes humanas.

Además, el titular de este sacerdocio no es un simple ser humano común y corriente, sino alguien que goza de una relación especialmente estrecha con el patrón divino cuyo favor se busca. En el mundo antiguo era bien sabido que las posibilidades de éxito en la mediación son proporcionalmente mayores cuanto más estrecha es la relación con el patrón. Por lo tanto, tener al hijo de la familia como el que busca el favor de Dios en su nombre prácticamente garantizaba el éxito.

Por último, y de manera culminante, la debilidad de estos seres humanos en cuanto a su propensión al pecado y a la muerte se contrasta con la perfección eterna del Hijo. El autor dedica mucho tiempo y espacio a desarrollar aquí el valor de lo que los destinatarios tienen en este Jesús para que se sientan menos tentados a desecharlo

en favor de los beneficios temporales de los que carecen mientras se los vea identificados con el grupo cristiano minoritario. Si el autor ha logrado reorientar sus miras hacia la liberación y el juicio escatológicos, entonces este análisis de alguien que es capaz de liberar completamente y funcionar como un intermediario infalible entre ellos y Dios será bastante eficaz.

Antes de continuar nuestro recorrido por los capítulos 8 a 10 de Hebreos, vale la pena detenernos a considerar brevemente juntos el contexto de la idea de la muerte voluntaria en nombre de otros como sacrificio expiatorio en el judaísmo primitivo. La idea de la muerte de un ser humano como sacrificio de expiación, que restablece la relación entre Dios y los seres humanos, no surge de la Torá. Muy por el contrario, la Torá prohíbe el sacrificio humano como una abominación ante Dios.

La idea de la vida ofrecida en nombre de los demás, incluso ofrecida para restaurar el favor de los dioses hacia la nación, está bien atestiguada en la literatura y la mitología del mundo grecorromano. Esa idea sufre un desarrollo paralelo dentro del judaísmo primitivo durante el período del Segundo Templo, sin duda influenciado en parte por las contrapartes grecorromanas de su cultura, pero procedió a desarrollar esta idea sobre la base de una lógica judía verdaderamente autóctona.

La idea de que una persona puede morir en nombre de los demás ante los ojos de Dios se basa en dos tradiciones muy importantes, la primera de las cuales es Levítico capítulo 17, versículo 11. Este versículo establece la conexión fundamental entre la sangre y el intercambio de vida con la cobertura de los pecados. La vida de la carne está en la sangre.

Os he dado esta sangre para realizar el rito de expiación por vuestras vidas en el altar. Porque, como vida, es sangre la que expía una vida. Observamos en los Salmos y los profetas, y en los desarrollos actuales del judaísmo atestiguados en la literatura intertestamentaria, el desarrollo de una tendencia a racionalizar los sacrificios de animales que están empezando a pensar que Dios prefiere la alabanza humana o los actos humanos de obediencia o contrición por los pecados a las ofrendas sangrientas.

Pensemos, por ejemplo, en el Salmo 51, versículos 16 y 17: “No te deleitas en los sacrificios, de lo contrario yo los habría ofrecido. No te complacen los holocaustos”.

Mi sacrificio, oh Dios, es un espíritu quebrantado; un corazón contrito y humillado no despreciarás tú, Dios. También existe la tendencia a lo largo de este período hacia la extensión metafórica del lenguaje sacrificial a otros actos. Por ejemplo, los actos de piedad pueden contarse como actos de culto en el Salmo 141, versículo 2. Sea mi oración contada como incienso delante de ti, y el alzar de mis manos como la ofrenda de la tarde.

Una segunda corriente que contribuye al desarrollo de la teología del mártir en el judaísmo primitivo es la teología del pacto del propio Deuteronomio, especialmente los capítulos 27 a 32. Estos capítulos exponen la teología deuteronomista básica de la historia, según la cual se espera que la obediencia al pacto de Dios conduzca a la experiencia de la bendición de Dios, mientras que se espera que la desobediencia al pacto conduzca al desastre nacional. Pero entonces, el regreso a la obediencia por parte del pueblo produciría la reversión de las maldiciones y la restauración del favor de Dios.

Estas dos corrientes de pensamiento, la idea de que la sangre se da para hacer expiación, vida por vida, y la idea de que es la obediencia la que aparta a la nación de la experiencia de la maldición, se unen en las primeras interpretaciones judías de las muertes de sus propios mártires del período de la crisis helenizante, que data de alrededor de 168 a 166 a. C. Uno de los libros apócrifos, 2 Macabeos, interpreta los acontecimientos de este período en términos deuteronomistas. Durante este período, en aras de la prosperidad material y los avances internacionales de la ciudad de Jerusalén y su clase elitista, las élites sacerdotales de Jerusalén trataron de convertir a Jerusalén en una ciudad griega.

Para impulsar este programa, una buena parte de la élite judía apoyó a Jasón, que nació con el nombre de Yeshua pero tomó el nombre de Jasón como señal de su amor por todo lo griego, en un golpe de Estado contra su hermano sumo sacerdote más conservador, Onías. Jasón, una vez en el poder y aprobado por el rey seléucida, Antíoco IV, dejó de lado la Torá como constitución política y ley de la tierra a favor de adoptar una constitución de estilo griego, construyendo todos los instrumentos necesarios para hacer funcionar el gobierno griego en Jerusalén. El autor de 2 Macabeos interpreta esto como un acto de apostasía nacional al más alto nivel.

Él cree que el acto de Jasón y el de la élite que lo apoyaba fue un repudio del pacto y fue la causa directa de los desastres que sufrieron la nación en los años siguientes. De hecho, su asociación más estrecha con Antíoco IV provocó desastres para la ciudad de Jerusalén. Varias veces, Antíoco asaltó el tesoro del templo y mató a muchos de sus ciudadanos.

Esto culminó en lo que se recuerda como una persecución religiosa muy directa de los judíos justos que no abandonaron la Torá con el fin de ser como las naciones. Varios residentes de Jerusalén se vieron obligados a elegir entre comer un bocado de cerdo como símbolo de su voluntad de dejar atrás su ley nativa en favor de la ley universal del reino seléucida o ser torturados hasta la muerte. Estas personas justas se negaron a comer ese bocado de cerdo incluso bajo el más terrible dolor.

El autor de 2 Macabeos considera entonces estos martirios como una ofrenda de obediencia que los propios mártires ofrecieron a Dios y que luego Dios aceptó en nombre de la nación. Debido a sus muertes obedientes, escribe el autor, la ira del

Señor se había vuelto nuevamente favorable. Al retomar la misma historia, el autor de 4 Macabeos, quizás un siglo o más después, utiliza un lenguaje sacrificial y de culto aún más explícitamente para interpretar las muertes de estos mártires y sus efectos.

Por ejemplo, tuvo al primer mártir, un anciano sacerdote llamado Eleazar, que oró a Dios de esta manera: Sé misericordioso con tu pueblo y que nuestro castigo les baste. Haz que mi sangre sea su purificación y toma mi vida a cambio de la de ellos.

Al comentar los martirios y las consecuencias de los mismos, cuando la nación empezó a dominar a Antíoco IV y a reafirmar su independencia, el autor de 4 Macabeos escribe que el tirano fue castigado y la patria purificada. Se han convertido, por así decirlo, en un rescate por los pecados de nuestra nación. Y mediante la sangre de aquellos devotos y su muerte como sacrificio expiatorio, la divina providencia preservó a Israel, que anteriormente había sido maltratado.

En este punto, es apropiado introducir una tercera tradición bíblica, a saber, el cántico del siervo de Isaías 52, versículo 13, hasta el 53, versículo 12, que es un precursor sorprendente. La experiencia de humillación y marginación, incluso la muerte, se reformula en el cántico del siervo en términos de muerte sufrida para liberar a otros del castigo, por lo tanto, una expiación vicaria. Cualquiera que sea el significado del cántico en su contexto original, Isaías 53 ciertamente se abre a lecturas que presentan la muerte de una persona justa que sufre ignominiosamente porque se niega a romper la fe en Dios como un sacrificio que restaura el favor de Dios y evita la ira divina.

El siervo sufriente es sometido al dolor y a la mutilación. El pasaje afirma la eficacia de esta muerte como ofrenda no convencional y, finalmente, celebra la grandeza y la victoria del siervo sufriente. Todos estos elementos del canto del siervo también tienen su contrapartida en la presentación de los mártires en el 4.º Libro de los Macabeos y, en menor medida, en el 2.º Libro de los Macabeos capítulo 7. En los 2.º y 4.º Libro de los Macabeos, por supuesto, no es la propia sangre humana la que expía, sino la obediencia hasta la muerte, que Dios acepta como sacrificio perfecto.

En el contexto de la teología deuteronomista, esta fidelidad hasta la muerte es la manifestación de obediencia que produce la reversión de las maldiciones, como se promete en Deuteronomio capítulo 30, versículos 1 al 5. Basándonos en la terminología sacrificial de Levítico sobre la ofrenda por el pecado, la muerte de la persona justa se convierte en la ofrenda que restaura la relación entre el pecador y Dios. Es una obediencia representativa y una obediencia mantenida hasta el final en nombre de los demás y, por lo tanto, un acto de mediación. Todas estas tradiciones juntas proporcionan el rico trasfondo en el que los primeros cristianos podían basarse cuando buscaban articular el significado de la muerte de Jesús aceptada

como consecuencia de la obediencia a la voluntad de Dios para la relación entre Dios y el pueblo en general.